

LA POLÍTICA DE LAS ARMAS

Conflicto armado y política en tiempos de insurrección

Revolutionary War and Counter-revolutionary Response. Armed Conflict and Politics in Times of Insurrection.

Pedro RIVAS NIETO¹

Universidad Pontificia de Salamanca, España

✉ privasni@upsa.es

María RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ²

Universidad de Oviedo, España

✉ maildemaria@gmail.com

Vol. VIII N° 13, 2010, 31-50

Fecha de recepción: 11 de julio de 2009

Fecha de aceptación: 5 de noviembre de 2010

Versión final: 14 de diciembre de 2010

¹ Pedro Rivas Nieto es doctor en Ciencias de la Información y magíster en Relaciones Internacionales. Es profesor de Relaciones Internacionales en la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Ha realizado estancias de investigación en universidades de Europa, América, África y Oriente Próximo estudiando confrontaciones diversas y dictando cursos y conferencias sobre conflictos armados, terrorismo y violencia política. Es autor de publicaciones científicas nacionales e internacionales sobre estos asuntos y autor y editor, en solitario y de autoría compartida, de varios libros, entre los cuales están *Doctrina de Seguridad Nacional y regímenes militares de Iberoamérica* (Editorial Club Universitario, Alicante), *Orden internacional y conflictos* (Biblioteca Nueva, Madrid), *Oriente Próximo y nuevo terrorismo* (Fragua, Madrid) e *Historia y naturaleza del periodismo de viajes desde el Antiguo Egipto hasta la actualidad* (Miraguano, Madrid). Es también colaborador en la prensa española en asuntos de política internacional.

² Licenciada en Humanidades por la Universidad de Salamanca y en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca, España. Es magíster en Comunicación y Ciencia Política por la School of Political Management de la George Washington University y por la Universidad de Navarra. Ejerció como periodista, fue jefa del Área de Cultura de La Gaceta, y asesora de comunicación política y corporativa en Burson-Masteller en Madrid. Actualmente, es candidata a doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Oviedo y profesora de Historia Contemporánea.

RESUMEN: Este texto estudia tanto el concepto de *guerra revolucionaria* en el pensamiento de sus ideólogos fundamentales –Mao, Giap, Ho Chi Minh, Guevara– como la aplicación práctica que tuvo lugar después de su diseño teórico. Al mismo tiempo, analiza la respuesta que los Estados dieron a la revolución para crear una doctrina contrarrevolucionaria –ensayada en la guerra de Argelia y en Indochina, de origen francés– y que dio lugar a una fórmula que pretendía parar el avance de la revolución en los tiempos de la Guerra Fría. Ambas ideas han estado ideologizadas desde los comienzos debido a la carga emotiva que tenían. En este artículo se intenta despojar a ambas de su leyenda y entenderlas estrictamente desde el punto de vista académico.

Palabras clave: revolución, guerra, contrarrevolución, Estado, régimen político.

ABSTRACT: This text studies the concept of revolutionary war in the thought of his main ideologists –Mao, Giap, Ho Chi Minh, Guevara– and its real application. At the same time it is analyzed the answer that States gave to revolution: a counter-revolutionary doctrine –which was born in France and was tested in the war of Algeria and Indochina– which tried stopping the revolutionary strength in the Cold War. Both ideas –revolutionary war and counterrevolutionary response– were plenty of emotion and, in this paper, it is tried to understand them strictly from academic point of view.

Key words: revolution, war, counterrevolution, State, political regime.

Introducción

“Revolución” y “guerra” son dos conceptos usados con frecuencia, especialmente para hablar de ciertos períodos del siglo XX. Parece que la historia contemporánea –especialmente en lugares como Iberoamérica o Asia, tan remotos uno del otro en el espacio y en las costumbres– estuviera marcada por la lucha organizada y recurrente –la guerra– y por la vocación levantisca y transgresora del orden establecido –la revolución. Estudiosos de disciplinas diversas se han sentido atraídos por este período reciente, lleno de acontecimientos que cambiaron la faz del mundo. La revolución cubana, el surgimiento de los Jemeres Rojos en Camboya, la aparición de las Juntas Militares en la Argentina o la victoria electoral de Allende en Chile no sólo transformaron esas naciones, sino que fueron hechos de los que fue difícil sustraerse emocionalmente. Parte de quienes los analizaron, con frecuencia respaldaron o denostaron a grupos, ideologías o sistemas políticos con una firmeza que iba más allá de la reflexión académica. Esto ocurrió con la idea de revolución y de *guerra revolucionaria*. Por eso, pasados varios decenios desde su aparición, conviene estudiar esta última con el fin de intentar desmontar algunas ideas preconcebidas existentes sobre ella y que dificultan su cabal comprensión.

El contexto en que germinaron las nociones de *guerra revolucionaria* y *guerra contrarrevolucionaria* es de sobra conocido por los estudiosos de la política, así que quizá no convenga abundar en él al escribir para un público especializado. Lo útil es, probablemente, estudiar la naturaleza compleja de las nociones mencionadas.

El surgimiento, marcado por la Guerra Fría y el enfrentamiento de bloques, el triunfo del socialismo en diversos países de Asia y América, y la pugna entre capitalismo y marxismo pareció sobrevenir en tiempos apocalípticos. Tras el éxito de Castro en Cuba se extendió el temor a una revolución de izquierda en el continente americano. El *comandante* decía que el Caribe era de los cubanos y su triunfo había asustado a mucha gente dentro y fuera de la isla. La popularidad internacional de los rebeldes era inmensa y estos pensaban en 1959, recién lograda la victoria, que aunque no pudiera exportarse todavía un modelo de régimen político revolucionario, sí podía traspasarse un modelo de revolución (Meneses, 1995: 107) Ante esta situación hubo quienes se obsesionaron con enfrentar la guerra revolucionaria, cuya amenaza parecía cernirse sobre el *mundo libre*. En los Estados Unidos, cabeza del bloque occidental, preocupó sobremanera su posible extensión y, en consecuencia, se enseñó a combatir contra ella. En 1961 y 1962 el concepto se extendió por Iberoamérica, cuando comenzaron las escuelas militares de la zona del Canal de Panamá destinados a preparar a los oficiales y soldados. Y, sin embargo, el estudio primigenio venía de Europa, de la Francia que había combatido en Argelia e Indochina en guerras de liberación nacional que, al mismo tiempo, tenían carácter revolucionario.

El concepto de lucha contra la guerra revolucionaria fue resultado de las reflexiones de los estudiosos dedicados a desentrañar los escritos de Mao-Tse-Tung, Ho-Chi-Minh, Vo Nguyen Giap o Ernesto Guevara quienes, como sucedía con los revolucionarios de la época, fueron a la vez teóricos de la guerra y caudillos de las tropas insurgentes. El análisis de sus obras permitió interpretar la estrategia y, junto con un somero repaso de la historia de los países en que habían aplicado sus teorías, —China, Cuba o Vietnam— se intentaba entender mejor el contexto en que habían nacido. En suma, todo un maremágnum de ideas se agolpaba tras la guerra revolucionaria y la lucha antirrevolucionaria.

En este artículo se intentará explicar qué era la guerra revolucionaria, cómo nació y cómo se combatió. Aquella quería destruir el sistema capitalista-colonial, que para los revolucionarios era la verdadera cara de Occidente, y la lucha contrarrevolucionaria quería mantener libre de marxismo el mundo y, en su defecto, de cualquier clase de izquierdismo. Los años que marcaron el nacimiento del mito del guerrillero también sellaron el fin de las victorias legendarias atribuidas a la guerra revolucionaria.

La política de las armas. Los revolucionarios y la guerra revolucionaria

Mao-Tse-Tung

Mao fue, casi sin duda, el más importante de los revolucionarios de la segunda mitad del siglo XX. Él, junto con sus partidarios en Vietnam después, realizó uno de los dos más notables intentos del siglo pasado de remilitarizar la sociedad desde la base intentando aplicar la idea marxista de construir ejércitos populares para

adelantar la revolución (Keegan, 1995: 76). La teoría de la guerra prolongada fue su principal aportación a la teoría militar –fue su ideólogo– y, tras su éxito frente a Chiang Kai Chek, la adoptaron los vietnamitas contra los franceses y luego contra EUA. Mao pensaba que se podía ganar a un enemigo más poderoso si se aplazaba una decisión hasta que el cansancio y el agotamiento lo privaran de cualquier posibilidad de victoria. No tenía prisa, pues se sabía heredero de una tradición de autonomía ininterrumpida que había durado tres mil años. Su pensamiento puede sintetizarse en un puñado de ideas que marcaron al resto de los revolucionarios de la época –y al concepto de guerra revolucionaria– y que dicen, *grosso modo*, que la lucha no debía ser sólo armada, sino también política; que tenía que extenderse del campo a la ciudad; que no cabía preocuparse por el tiempo –de ahí el concepto de guerra prolongada–; que había que recurrir a la guerra de guerrillas; y que era indispensable emplear el ejército como un instrumento de educación política y de gestión administrativa.

La Larga Marcha de Mao de 1934, en que sólo sobrevivió el 10% de los expedicionarios, tuvo más repercusión que cualquier hazaña bélica posterior, porque sirvió para extender la revolución y mitificarla, y además para adoctrinar y formar células de combatientes. No es baladí este asunto, pues para Mao las gestas tenían un significado parecido a las batallas triunfales. Esta era una idea clave que permite entender no sólo su pensamiento, sino el sentido de la guerra revolucionaria. Mao pensaba que la política tenía más fuerza que la técnica. Durante la guerra contra el Japón, creyó que la clave para la victoria residía en emplear tropas adiestradas junto con unidades guerrilleras de campesinos y convertir la guerra de resistencia en guerra de resistencia general de toda la nación. Gracias a los esfuerzos del pueblo y del partido era posible lograrlo (Mao, 1976: 152-153). Además, para él la guerra revolucionaria debía completarla la intervención del ejército popular en la última fase.

Distinguía varias etapas sucesivas en la lucha: subversión, insurrección, guerrilla y formación de una tropa regular. Creía que las guerras eran la expresión de los regímenes de los Estados que se enfrentaban. La guerra revolucionaria, como el marxismo, llevaría al final a un tiempo de paz. Como consecuencia de la aparición de las clases la vida humana había estado repleta de guerras; con la eliminación de aquellas, desaparecerían estas. Había que hacer guerras contra las guerras injustas, que llevarían al mundo a una paz perdurable (Mao, 1976: 75-78), y la base de la victoria eran el ejército y el pueblo. “El más rico manantial de fuerza para sostener la guerra –decía Mao (1976: 146)– está en las masas populares”. Creía posible levantar la mayor cantidad de masas en el menor tiempo posible de la siguiente manera: dividiendo las fuerzas para levantar las masas y concentrando las fuerzas para enfrentarse al enemigo (Spence, 1990: 395). Sin la movilización conjunta y completa de pueblo y ejército en un único frente nacional el éxito era imposible. Y la forma de lograr la victoria era mediante una guerra de aniquilamiento en que lo principal fuera el ataque y, en menor importancia, la defensa. “El ataque se realiza con el objetivo inmediato de aniquilar las fuerzas del enemigo, pero al mismo tiempo para conservar las fuerzas propias, porque si

uno no aniquila al enemigo, será aniquilado. [...] El ataque como medio principal para destruir las fuerzas enemigas es lo primordial [...] La guerra es política con derramamiento de sangre y exige un precio, a veces sumamente elevado” (Mao, 1976: 91-92).

Mao-Tse-Tung pensaba que si se destruían las fuerzas armadas del enemigo era posible ocupar un territorio; pero la ocupación territorial no aseguraba ni la destrucción de su capacidad militar ni la capitulación. Su idea de formar un ejército regular con irregulares que llevara a la victoria fue esencial en el concepto de guerra revolucionaria. Es más, la revolución, paso previo a la guerra revolucionaria, adquiriría una naturaleza prolongada y cruel porque debía enfrentarse con poderosos enemigos. Los revolucionarios debían templarse para llegar a ser combatientes tenaces. Debido a ese tipo de enemigos la revolución no podía hacerse por medios pacíficos, sino armados. Como, según Mao, se había privado al pueblo de libertades y derechos políticos, los enemigos habían eliminado la posibilidad de recurrir a acciones políticas pacíficas.³ “Es un error menospreciar la lucha armada, la guerra revolucionaria, la guerra de guerrillas y la labor en el ejército” (1974: 41), decía. La lucha para lograr la victoria final sería larga y penosa, basada sobre todo en el control de las zonas rurales —donde debían crearse bases de apoyo revolucionarias—, y tenía que ser de guerrillas y dirigida por el Partido Comunista de China. Para el triunfo debía coordinarse con otras formas de lucha, pues el fin último era tomar las ciudades controladas por el enemigo, y para eso había que aniquilar sus fuerzas armadas en el campo de batalla y descomponerlas internamente mediante la propaganda (Mao, 1974: 39-45). Toda guerra revolucionaria era necesariamente de aniquilamiento, en que la desaparición de una parte era necesaria para la supervivencia de la otra.

Mao pensaba que la guerra de guerrillas y su influencia podían extenderse en breve tiempo por el mundo (1963: 94). Junto a esto estaba convencido de que las tropas de las guerrillas debían tener una clara idea del objetivo político de la lucha y de la organización política que se emplearía para alcanzarlo. El adoctrinamiento ideológico era esencial tanto para el combatiente como para los habitantes de las zonas donde estaban las guerrillas. Además, como las unidades guerrilleras eran una forma inferior de organización armada y sus operaciones eran de suyo dispersas, el mando no podía estar tan centralizado como en una guerra regular.

Si así fuera se perdería movilidad y, por ende, uno de los puntos fuertes de la guerra de guerrillas. Necesitaban un mando centralizado en lo estratégico y descentralizado en las campañas y en los combates (Mao, 1972: 198-199). A partir de estas ideas se deduce que las guerrillas eran posiblemente nacionalistas en un comienzo y revolucionarias por propia naturaleza; podían ser dirigidas y organizadas por los comunistas locales al principio; las alentaría el comunismo internacional en fases posteriores y, cuando las circunstancias fueran propicias, recibirían de él asesoramiento experto y ayuda material y moral. Es más, para Mao el comunismo

³ Stalin había dicho que una de las singularidades de China es que allá la revolución armada luchaba contra la contrarrevolución armada. Esto era una ventaja para el triunfo de la primera.

debía orientar, dirigir y organizar sin excepción. La guerra de guerrillas no era, por tanto, una forma de guerra independiente, sino un paso de la guerra total, un aspecto de la guerra revolucionaria y resultado inevitable del choque entre opresor y oprimido. Precisamente porque los guerrilleros estaban militarmente entrenados y políticamente alerta e instruidos, eran combatientes eficaces y peligrosos. De esto algunos expertos en lucha contraguerrillera concluían, sin vocación ideologizadora, sino sólo técnica, que las medidas militares no eran suficientes para enfrentarse a ellos (Griffith, en Mao, 1963: 56).⁴ Esta última idea es aún más cierta si se tiene en cuenta que Mao no separaba la acción militar y la política e insistía en que el poder debía tomarse mediante una completa victoria militar. Parecía sintetizar en doctrina revolucionaria el pensamiento de Von Clausewitz. Es más, para Mao los ejércitos eran agentes de transformación social y el jefe revolucionario podía someter a voluntad los acontecimientos y, al final de la guerra, lograr la paz eterna. Esta idea justifica a Aron (1993: 103) cuando afirma que “Marx, Lenin, Mao quisieron reconciliar a Maquiavelo o a Clausewitz con Hegel. La reconciliación post eventum del acontecimiento con el destino de la Razón justifica la misma reconciliación postulada con antelación por los revolucionarios”.

Ho-Chi-Minh

Ho-Chi-Minh también era un revolucionario marxista. Tal y como había hecho Mao intentó remilitarizar la sociedad desde la base. Sin embargo, los ocho mandamientos del Gobierno de la República Democrática de Vietnam, escritos cuando las tropas del Ejército Popular entraron en la región nordeste del país en 1952, dejan dudas sobre su carácter revolucionario, quizá porque fueron ideados y escritos antes de vencer a los franceses. Según esas prescripciones había que proteger la vida y los bienes de la población; debían preservarse sus actividades y empleos; confiscar los bienes de los colonialistas franceses y de los traidores; proteger los templos, pagodas, iglesias, escuelas, hospitales y otros centros sociales y culturales; recompensar a los hombres de mérito y castigar a los culpables; mantener la seguridad y el orden público; reorganizar la sociedad y a los campesinos; proteger la vida y los bienes de los extranjeros (Ho-Chi-Minh, 1968: 319-322). La moderación de estas propuestas contrastaba con la lógica del marxismo indochino que, heredero del maoísmo, era profundamente revolucionario.

Poco tiempo después, a mediados de los años cincuenta, Ho-Chi-Minh hablaba de la necesidad de acometer la *tarea sagrada* de asegurar la paz en Indochina y lograr la reunificación de Vietnam, la independencia, la democracia y la victoria del socialismo (1968: 362). El pueblo entero debía acometer esa tarea pues, debidamente organizado en frentes diversos y solapados entre sí —militar, político, social, cultural...— se mostraba invencible. La tradicional estrategia china de evasión y demora, fortalecida con las ideas marxistas de que al final era inevitable el triunfo revolucionario, clásica idea de Mao, se trasladó a Indochina, donde el terreno

⁴ Samuel L. Griffith era brigadier general del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos.

favorecía las operaciones basadas en la sorpresa, la retirada rápida y las ofensivas ocasionales y concretas. La lucha vietnamita, cuya estrategia intentaba lograr los objetivos revolucionarios con fines inicialmente muy limitados favorecidos por el empleo del terror y la propaganda —es decir, lo propio de la guerra revolucionaria— tuvo este cariz. Esto permitió parte de su éxito.

Además, Ho-Chi-Minh se inspiró, como Mao, en principios previos al concepto de guerra revolucionaria emanados de las teorías de la clásica obra de Sun Tzu, *El arte de la guerra*, todos ellos profundamente anticlausewitzianos, como evitar la batalla si no había garantía de vencer, usar medios psicológicos para asustar al enemigo, evitar riesgos o emplear tiempo —más que potencia— para desgastar al enemigo (Keegan, 1995: 251). Estas ideas, que venían de un corpus conceptual anterior a Sun Tzu, permitieron que China uniese teoría política y militar en un todo indivisible (Chen Ya tien, 1992: 20-30) y tuvieron un efecto semejante en Vietnam. Ho-Chi-Minh —decía Kissinger (1996: 727)—, como buen practicante de la Realpolitik, no iba a conceder en la mesa de negociaciones lo que esperaba conquistar con sangre y fuego en el campo de batalla.

Nguyen Von Giap

De un ideario semejante bebía el general Nguyen Von Giap. Había formado parte de las tropas de Mao-Tse-Tung en China en la guerra contra los japoneses. Aprendió así la estrategia guerrillera de Mao y, al regresar a Indochina, fue el hombre de confianza de Ho-Chi-Minh, quien lo nombró jefe del Vietminh. Creía que el pueblo vietnamita se había levantado en armas como un solo hombre para defender la patria en respuesta a la llamada del Partido y del Gobierno encabezado por Ho-Chi-Minh. Así había comenzado una guerra sagrada donde se aplicaron los principios del marxismo-leninismo en las condiciones concretas de una guerra de liberación en un país colonial. Hay que tener en cuenta, como dice Bouthoul, que este tipo de guerras se caracterizaban por la diferencia de civilización manifestada, generalmente, por la diversidad de armamento y de organización militar. Y no sólo por esto, sino porque uno de los beligerantes poseía una superioridad tal que las hostilidades no eran para él más que una expedición de escaso riesgo (Bouthoul, 1970a: 448-450).⁵

Pues bien, para Giap los imperativos de la guerra popular de Vietnam exigían la adopción de estrategias y de tácticas adecuadas a las características del enemigo y a las propias capacidades, a saber: estrategia y táctica de guerra revolucionaria del pueblo en países coloniales económicamente atrasados (Von Giap, 1966: 48). Para que fuera eficaz, el ejército del pueblo también debía tener sus comisarios políticos (1966: 57) y los jefes asumían responsabilidades bajo la dirección del Partido Comunista. “El trabajo político es el alma del ejército”, decía

⁵ La primera expedición colonial en el sentido moderno del término fue la conquista española de América.

Giap (1966: 58). En Vietnam se siguió la idea de Lenin: una clase oprimida que no aprende a manejar las armas cuando las posee no merece más que ser tratada como esclava (Lenin: 88). De ahí se desprendía la idea de que el ejército popular era un imperativo que, en el caso vietnamita —y según sus hacedores—, nació con el movimiento revolucionario de la nación entera, especialmente de las masas campesinas y obreras. Para lograr el éxito se debía reforzar la unidad y la cohesión entre el ejército y el pueblo porque ambos tenían un mismo corazón. “El pueblo es al ejército lo mismo que el agua al pez”, decía Giap (1966: 127) recordando la conocida idea maoísta. La esencia de su pensamiento era una adaptación del pensamiento de Mao a las peculiaridades nacionales de Vietnam. No debe olvidarse que en el ideario maoísta, pese al acendrado marxismo, el nacionalismo era doctrina esencial. Y las concepciones maoístas las aprendieron los oficiales franceses que lucharon en Indochina, donde descubrieron la guerra revolucionaria e intentaron encontrar un método para acabar con ella. Giap, no obstante, fue uno de los más competentes generales del siglo XX y un maestro de la guerra irregular, que combatió mezclando tácticas guerrilleras y convencionales contra los franceses y obtuvo renombrados éxitos. Conquistó la fortaleza de Dien Bien Phu en 1954, que sentenció la suerte de la guerra. Esto es más importante de lo que parece a simple vista, pues constituye ejemplo de una excepción: el empleo del enfrentamiento directo en una guerra revolucionaria. Los militares franceses intentaron aplicar los principios de Clausewitz en Dien Bien Phu, donde esperaban acabar con los revolucionarios en la batalla decisiva. Su fracaso lo explica magistralmente Aron (1993: 219) al decir que “... los chinos de Mao-Tse-Tung, los vietnamitas de Ho-Chi-Minh consiguieron victorias por aniquilamiento al término de conflictos prolongados. El aniquilamiento [...] a título conceptual, pertenece al universo clausewitziano. La insurrección nacional soñada frente a los franceses, la destrucción del Gran Ejército en Rusia, prefiguraban la decisión radical en una guerra revolucionaria o de liberación nacional, mediante la retirada hacia el interior del país, el armamento del pueblo y la utilización defensiva del tiempo, del espacio y de las fuerzas morales”.

Ernesto Guevara

El “Che” Guevara pensaba que las condiciones sociales de Latinoamérica, donde la economía agrícola prevalecía y las desigualdades impuestas por el régimen de latifundios y por las grandes compañías estadounidenses eran crecientes, se parecían a las de China. El “Che” era un marxista convencido que pensaba que la salvación de Iberoamérica llegaría gracias a un comunismo “a la china”, apoyado en el campesinado más que en los obreros industriales. Lo cierto es que Guevara se marchó de Cuba por la implantación del comunismo soviético en la isla⁶ y quiso dedicarse

⁶ La URSS y China tuvieron roces que repercutieron en Cuba por la creciente tendencia pro soviética de los gobernantes cubanos. Fidel dijo, refiriéndose a Mao, tras la anulación de un suministro de arroz a la perla de las Antillas: “¡No sólo existen los tigres de papel, sino los revolucionarios de lo mismo!”. Después de esto el Che Guevara decidió dejar sus cargos en el gobierno cubano y marcharse.

a hacer la revolución en otras tierras. Renunció incluso a la nacionalidad cubana para no comprometer a la isla cuando se involucrara en otras guerras de liberación nacional en América.

Quiso hacer de los Andes la Sierra Maestra de América Latina emocionado por la capacidad de la guerrilla tras el éxito de Cuba. “‘Che’ Guevara –decía Meneses (1995: 71)– era el nuevo Robinson Crusoe que construía de todo a partir de la nada”. Decía que la vanguardia del pueblo había empleado la guerra de guerrillas contra enemigos de mayor potencial bélico. Por eso construyó la teoría del “foco” –su principal aportación a la guerra revolucionaria– para extender la revolución por todo el continente. El foco era un grupo reducido de guerrilleros asentado en una zona rural y que extendía la revolución. Daba vuelta la teoría de Mao y la soviética revolucionaria, que sostenían que para la acción armada era previamente necesaria la madurez política de la situación y del pueblo, ya que no podía haber triunfo armado sin un clima político adecuado. El ‘Che’ decía lo contrario, creía que la acción guerrillera podía hacer que madurase la revolución. Con el “foco” se adelantaba la acción armada, pues se extendía el campo de actuación, se posibilitaba la aparición de nuevos focos y la fórmula se repetía hasta la victoria final. Aun así, para que la guerrilla pudiera sobrevivir –decía el Che (1995: 8)– era necesaria movilidad constante, vigilancia constante y desconfianza constante, es decir, la conciencia de la dificultad de la empresa y de que a la victoria sólo podría llegarse mediante el control absoluto de la situación. El ‘Che’ estaba convencido de que en la lucha guerrillera revolucionaria el mando militar y político debía estar, a ser posible, unificado, y la guerrilla debía dirigirse desde la guerrilla misma, y no en oficinas burocráticas. La disciplina era fundamental. El mismo Castro (en Guevara, 1985: 24) afirmaba con tono hagiográfico que “... el proceso de formación de la guerrilla es un incesante llamado a la conciencia y al honor de cada hombre. [...] ‘Che’ basaba la disciplina en la conciencia moral del guerrillero y en la fuerza tremenda de su propio ejemplo”.

Guevara decía que la guerra de guerrillas –entendida como guerra del pueblo– era una lucha de masas y no admitía el antagonismo que a veces se establecía entre lucha de masas y guerra de guerrillas, entendidas estas como núcleos escogidos de combatientes armados. Para él esa idea estaba errada, “... tanto si se la considera desde el punto de vista de los seguidores dogmáticos de una estrategia general basada en el predominio de la clase obrera, como si se la considera, por parte de algunos guerrilleros, como un simple instrumento de lucha de los grupos más decididos para quitar el poder a los explotadores” (1999: 272).

La principal función de la guerra de guerrillas era la educación de las masas en sus perspectivas de triunfo “mostrándoles, al mismo tiempo, la posibilidad de un nuevo futuro y la necesidad de efectuar cambios para lograr ese futuro en el proceso de la lucha armada de todo el pueblo” (1999: 272). En su opinión era inevitable e irreversible el comienzo de la guerra prolongada para liberar a los pueblos del yugo de la explotación. Es decir, aplicaba la parte de maoísmo de su cosmovisión.

Creía que en la lucha contra el imperialismo mundial había que atacar a los EUA, que al fin y al cabo eran cabeza y padre de aquel. Y esforzarse en hacer la revolución en África porque ese continente era la reserva del imperialismo yanqui. Guevara estaba convencido de que cuando estallara la guerra del pueblo en Iberoamérica y el continente pudiera liberarse de los Estados Unidos, estos no podrían seguir aprovechando las riquezas naturales y los mercados en los cuales residía su fuerza. Por eso saltarían a África y trasladarían allá sus inversiones para sobrevivir cómodamente si el continente permitía el desarrollo del neocolonialismo. África estaba apenas explotada por el imperialismo. En una lucha mundial —la revolución— había que impedir que el imperialismo arraigara en África. En 1965 dijo en Argelia que debería constituirse un frente común de lucha contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo. Guevara insistía, con pura lógica marxista, en palabras escritas en enero de 1966, que "... cada pueblo debe impulsar al máximo su lucha por la liberación auténtica, como parte de su obligación dentro de la gran lucha de los pueblos del mundo, y es nuestra obligación apoyar consecuentemente a los movimientos que ofrezcan esperanzas de una real y seria movilización hacia la victoria" (1999: 274). Los revolucionarios puros que podían hacer esto debían ser hombres con cualidades de dirección de masas y, al mismo tiempo, seriedad revolucionaria. Sin ambas, el fracaso sería absoluto.

Pero él fracasó, y lo hizo porque apenas siguió las reglas que escribió en sus estudios sobre la guerra de guerrillas y sobre la guerra revolucionaria. Guevara había sacado tres enseñanzas de la experiencia en Cuba que no eran acertadas y que le valieron la muerte por aplicarlas en Bolivia, a saber: las fuerzas populares podían vencer a los ejércitos regulares; era el campo el lugar de la lucha armada, habida cuenta de la existencia de numerosas masas campesinas; y no era necesario esperar a que la revolución madurase para combatir, pues el foco insurreccional podía crear las condiciones para la revolución (1995: 31). Los dos primeros son ciertos a medias y el tercero casi siempre es falso (Aron, 1993: 186).

No en vano la experiencia demuestra que la revolución frecuentemente madura en las ciudades y estos principios del 'Che', pese a su admiración por el marxismo chino, eran contrarios a los de Mao y Lenin. Es más, la guerrilla fracasó en casi toda América porque no consiguió vencer a los ejércitos regulares ni movilizar a todo el pueblo. Esto no pareció preocupar demasiado a Guevara porque, según sus palabras (1995: 54), "... no importa, para el resultado final, que uno u otro movimiento [guerrillero] sea transitoriamente derrotado. Lo definitivo es la decisión de lucha que madura día a día; la conciencia de la necesidad del cambio revolucionario, la certeza de su posibilidad. Es una predicción. La hacemos con el convencimiento de que la historia nos dará la razón".

Las ideas de todos estos hombres —Mao-Tse-Tung, Ho-Chi-Minh, Nguyen Von Giap y Ernesto Guevara— permiten entender, casi intuitivamente y sin necesidad de una definición compleja, qué era la guerra revolucionaria en la mentalidad de sus creadores, que a su vez se remontaban al pensamiento de Lenin. La guerra revolucionaria ponía de manifiesto que el choque napoleónico —de enfrentamiento directo y total entre países— era impracticable. En ella, por definición,

se evitaban las grandes batallas. Era una lucha larga en que los pequeños logros se acumulaban y había que evitar la derrota porque era difícil reponer las pérdidas. Los revolucionarios sólo iban a la batalla empleando la sorpresa y la superioridad física, siempre que esta fuera posible. Sólo excepcionalmente, y cuando la superioridad fuera muy notable, se buscaba derrotar militarmente al enemigo. Además, la guerra revolucionaria era ofensiva —política, estratégica y tácticamente— en sus fines y política por completo. No podía ser de otra manera porque la revolución, en sí misma, era siempre ofensiva. Esta guerra se caracterizaba por desarrollarse en lo político, en lo propagandístico y mediante la lucha armada. Desde el punto de vista estratégico-militar se justificaba pues tras la aparición del arma nuclear la estrategia de la acción se inhibía y, como la fuerza militar se paralizaba, se recurría a esta lucha singular, en que los contendientes no estaban identificados claramente y no era posible un enfrentamiento “fuerza con fuerza” (Martínez, 2001: 484). La revolución coordinaba todos los bloques y combinaba la ofensiva táctica con la defensa estratégica. La guerra revolucionaria era, además, una guerra de aniquilamiento porque era casi imposible pactar —la supervivencia de uno necesitaba de la desaparición del otro. Al mismo tiempo, combinaba medios políticos, militares, psicológicos y operaciones de tropas regulares con procedimientos que se asemejaban al terrorismo. Y, por si fuera poco, acarrea también la liberación nacional porque cualquier Estado integrado en el sistema capitalista mundial estaba en situación semi-colonial.

Todos los revolucionarios estudiados plasmaron en sus obras y acción el concepto de la guerra revolucionaria, extendido por todo el mundo —se entendiera bien o mal, se ejecutara de forma certera o errada— y que marcó a más de una generación. Pero ¿qué pensaban de ella quienes querían combatirla? ¿Qué entendían por guerra revolucionaria y cómo entendieron a los revolucionarios los contrarrevolucionarios?

La política de las armas. Los contrarrevolucionarios y la guerra revolucionaria

Argelia como modelo

Fue esencial en la cabeza de quienes se enfrentaron a la guerra revolucionaria el legado de los oficiales franceses que combatieron en la guerra de Argelia. Después de haberse enfrentado a un enemigo que empleaba métodos que no respetaban los usos tradicionales, querían entender la guerra revolucionaria para vencerla. Conviene explicar, siquiera de forma somera, qué ocurrió en ella porque los contrarrevolucionarios aprendieron de los oficiales franceses los principios esenciales de su doctrina. Al fin y al cabo estos fueron los primeros en tratar una guerra de liberación nacional —que a la vez era revolucionaria— como una simple cuestión técnica. Creyeron que podrían utilizar técnicas semejantes contra la revolución con las mismas probabilidades de éxito que los revolucionarios.

La sublevación contra el dominio francés en Argelia, desde 1954 hasta 1962, no sólo fue una lucha anticolonial, sino que tuvo un poderosísimo efecto en las campañas terroristas étnico nacionalistas posteriores.⁷ Uno de los principales teóricos de los actos del Frente de Liberación Nacional (FLN) argelino, Ramdane Abane, estaba persuadido de la eficacia de la violencia. Fue el creador de un principio del terrorismo posterior que insistía que la muerte de un hombre en la capital era más útil que la de diez en un *oued*⁸ (en Gaucher, 1965: 262). Es posible que estas ideas ayudaran a confundir conceptos. Para algunos de los generales que lucharon en Argelia, la guerra revolucionaria consistía en la capacidad de controlar a la población. Creían que si el Frente de Liberación Nacional (FLN) en Argelia o el Vietminh en Indochina no hubieran sido capaces de controlar a la población, no habrían tenido ningún poder. Los revolucionarios, sin tropas organizadas, recurrían a los procedimientos de la subversión. Por eso es posible que a estas guerras subversivas cupiera definir las más que como un nuevo tipo de guerras como conflictos en los que se empleaban técnicas subversivas. Los revolucionarios –aseguraban estos teórico-prácticos– controlaban mediante el terror y extendían la idea entre las gentes de que podían castigar a cualquiera que colaborara con el otro bando. Su carácter revolucionario y la necesidad táctica los llevaba a instaurar una nueva “legalidad” –o, más bien, a no respetar la previa, sino sólo la propia– mediante la cual se controlaba a la población y castigaba a quienes no se sometieran a ella. Por tanto, este tipo de guerra era definido por la técnica empleada. Creían, entonces, que podían obtenerse los mismos efectos usando una “contratécnica”. Con un terror de signo contrario podía aislarse la organización clandestina y, de esta forma, destruirla. Al aterrorizar a la población se impediría que colaborara con los subversivos. Pero estos castigos ejemplares y estas técnicas disuasorias perjudicaron al régimen francés porque convertía en mártires a los revolucionarios. La violencia estatal fortalecía la violencia revolucionaria y el FLN llegó a decir que por cada combatiente que fuese ejecutado mataría a cien franceses.

En enero de 1957 llegó a Argelia el general Jacques Massu al mando de la 10ª División de paracaidistas y asumió la responsabilidad de mantener el orden en Argel a cualquier precio. Había luchado en Indochina, conocía la realidad de la guerra revolucionaria y pensaba que la victoria estaba en una buena labor de inteligencia.

La clave estaba, tal y como decía el coronel Godard, hombre de confianza de Massu, en encontrar al individuo que dirigía los brazos de quienes ponían las bombas, no en encontrar a quienes ponían las bombas. Por eso se trataba de desmontar al grupo construyendo un organigrama que los llevara a cualquier precio hasta las cabezas fundamentales.

La fase más complicada de la acción militar era la que precedía a la eliminación de la insurgencia, es decir, la de identificación del enemigo. Es aquí en donde intervenían los servicios secretos. Su primera misión era poner fuera de combate

⁷ Así lo dijo en más de una ocasión Yasir Arafat, por ejemplo.

⁸ *Oued* es, *grosso modo*, el cauce –normalmente seco– de un río.

a todos los simpatizantes posibles de la revolución, a aquellos que antes de la eclosión de las guerrillas formaban parte de los partidos o de los grupos favorables a su causa. Luego llegaba el momento de detectar a todos los miembros activos de la subversión y, para ello, se empleaban técnicas variadas, tales como presencia permanente en todos lados, arrestos rápidos y, sobre todo, información. En este tipo de guerra el arma decisiva —necesaria a cualquier precio— era la información. Por eso la tortura se convertía en una de las reglas básicas del juego.⁹ La tortura era la norma y el criterio seguido por Massu: la protección de los ciudadanos merecía estas medidas tan duras (Armstrong, 1965: 201). El general insistía en que esos métodos eran condición *sine qua non* para el éxito en Argelia y creía que eran moralmente válidos (Massu, en Vidal-Naquet, 2002: 118).¹⁰

Fanon escribía en 1959, cuando aún estaba viva la guerra, con palabras no desprovistas de intención, que “... el pueblo europeo que tortura es un pueblo degradado, traidor a su historia [...] El pueblo subdesarrollado tiene la obligación, si no quiere verse condenado moralmente por las ‘naciones occidentales’, a practicar el *fair-play*, mientras que su adversario puede dedicarse, con la conciencia absolutamente tranquila, al descubrimiento ilimitado de nuevos métodos de terror” (1968: 10). La verdad es que la apatía mayoritaria de la población argelina en los comienzos de la guerra se convirtió en simpatía por el FLN y la opinión pública francesa quedó afectada al conocer los métodos que un régimen democrático aplicaba en su propio territorio.¹¹ Las fisuras entre ejército y sociedad civil se agrandaron debido a tales prácticas y cinco años después, en 1962, los franceses se tuvieron que ir de Argelia. La violenta reacción del Gobierno que recurrió a duras tácticas represivas puso de manifiesto la debilidad francesa y aceleró la destrucción del dominio colonial. El éxito militar de la acre respuesta de Massu fue, a la postre, una derrota política.

No sólo el ejército francés cometió tropelías pues el FLN, como ocurre siempre en la guerra popular, mató a miles de disidentes, a miembros purgados y a leales al Gobierno francés.

El Gobierno argelino calculó que en aquella guerra murió un millón de personas de una población musulmana de nueve millones (Horne, 1977: 538). El mismo Fanon (1968: 11), en sentencia cargada de ideología, parecía justificar ciertos excesos en el quinto año de revolución al escribir: “No; de ninguna manera es verdad que la Revolución haya ido tan lejos como el colonialismo. A pesar de ello, no justificamos las reacciones inmediatas de nuestros compatriotas. Las comprendemos, pero no podemos disculparlas ni rechazarlas. Puesto que deseamos una Argelia democrática y transformada [...] condenamos con verdadero pesar

⁹ Durante la guerra de Argelia se acuñó en Francia el término “massuisme”, cuyo origen es el apellido del general Massu. Viene a significar que, en caso de necesidad extrema, la tortura es legítima para obtener información.

¹⁰ Nota de servicio 2616/2 de 19 de marzo de 1957 del general de Brigada Jacques Massu.

¹¹ Argelia no era siquiera una colonia propiamente dicha, sino un departamento francés.

a aquellos hermanos nuestros que se lanzaron a la acción revolucionaria con la brutalidad casi fisiológica que provoca y cultiva la opresión secular”.

La lucha contra la revolución

El ejemplo de Argelia sirvió para desarrollar las tesis contrarrevolucionarias. Desde 1945 las guerras tenidas por subversivas según los autores franceses pertenecían, histórica y sociológicamente, a una categoría no definida dentro de las guerras civiles: eran guerras de desagregación imperial, llamadas subversivas por los teóricos del Estado imperial, y guerras de liberación según los nacionalistas, que aspiraban a batir al colonizador. Había comunidad de raza, lengua y religión entre la masa y los “libertadores” —que solían ser revolucionarios— y no existía entre la masa y el poder establecido.

Fue después de 1945 cuando surgió la situación polemológica¹² de los años sesenta y setenta, los de las guerras revolucionarias. Se pensaba, además, que los Estados poderosos iban a recurrir a este tipo de guerra en el mundo de la Guerra Fría para satisfacer sus deseos de expansión, ayudando a organizar la guerra civil y la secesión en casa de sus adversarios (Bouthoul, 1970b: 293). Lo que se deducía de esto era que las guerras revolucionarias sólo podían llevarse a cabo con ayuda extranjera y el país donde se desarrollaban era el campo de batalla en que se enfrentaban las potencias. Tenían, asimismo, la peculiaridad de apasionar a la opinión pública de los lugares donde no se combatía.

Según los generales franceses que estudiaban estos asuntos —los más importantes fueron, posiblemente, Beaufre y Trinquier¹³—, la esencia de la guerra subversiva era la conversión y encuadramiento de las masas, y la subversión era el procedimiento empleado por los revolucionarios para derribar al poder constituido (Aron, 1985: 215). Si, como decía el general Massu en Argelia, los inocentes tenían derecho a mayor protección que los culpables y los fines bien justificaban los medios, los encargados de enfrentarse a la subversión debían disponer de cualquier medio para hacerle frente.

Roger Trinquier

Roger Trinquier, en Francia, había dicho que desde la Segunda Guerra Mundial una nueva forma de guerra había nacido, el choque de una serie de sistemas —político, económico, psicológico y militar— para derrocar al gobierno de un país y sustituirlo por otro. Aseguraba que en la guerra moderna no se luchaba contra un determinado grupo armado esparcido en un territorio concreto, sino contra una peligrosa y bien armada organización clandestina cuyo papel principal

¹² La polemología es la ciencia de la guerra a partir de las ideas del sociólogo francés Gastón Bouthoul.

¹³ Escribieron libros cuyo influjo en los teóricos estadounidenses fue evidente. Trinquier, Roger, *La guerre moderne*, Paris, Fayard, 1961 —la edición utilizada en este trabajo es la versión en lengua española publicada en 1976 en Buenos Aires, en ediciones Rioplatense—; Beaufre, Andre, *La guerre revolutionnaire*, Paris, Fayard, 1961; *Stratégie de l'action*, Paris, Fayard, 1966.

era imponer su voluntad a una población. La victoria sólo se lograría cuando se destruyera esa organización (Trinquier, 1976: 25). Si el arma básica de la guerra moderna era el terror, sólo con un terror contrario se podía combatir. Decía Trinquier (1976: 37-38) del terrorista: "... lo que se busca de él no es el castigo de su acción [...] sino la eliminación de su organización o rendición [...] Pero si esta información no se produce de inmediato, sus adversarios se ven forzados a obtenerla empleando cualquier medio [...] El terrorista tiene que aprender a aceptar estas consecuencias como una condición inherente a su función y al método de guerra que él y sus superiores, con perfecto conocimiento de lo que hacían, han escogido". La inteligencia, por tanto, era fundamental y se hacía necesario tener una larga cadena de informantes. Por eso era ineludible crear centros secretos de preparación para los servicios de inteligencia donde cualquier habitante de la nación que estuviera dispuesto a colaborar pudiera recibir la enseñanza necesaria. Trinquier decía (1976: 52-53) que "... una vez entrenado el agente y amoldado a nuestra organización, lo distribuimos por donde exista mayor actividad humana [...] fábricas, las oficinas, los colegios, los lugares públicos, etc. -; pero nuestro mejor agente nos será proporcionado por el propio enemigo, si sabemos hacer bien las cosas. Nunca debemos olvidar, en el curso de un interrogatorio, que la persona que sufre la interrogación puede volverse hacia nuestro bando y ofrecer-nos numerosos informes de interés si sabemos tratarle [...] La mejor fórmula para estar bien informados es introducir nuestros agentes en la organización enemiga y corromper a sus integrantes". Es más, si era posible, los arrestos debían hacerse de noche tras el toque de queda, interrogar a los detenidos en el mismo lugar donde se hubieran detenido mediante técnicas precisas aplicadas por grupos especializados, y hacerse de forma inteligente para que diesen información y pudiera detenerse a otros antes de que acabase el toque de queda (1976: 64). Ahora bien, Trinquier era un oficial de alta graduación de un país democrático y quería defender el orden democrático, por eso insistía en que todo lo que recomendaba en la guerra antisubversiva debía respetar las Convenciones de Ginebra y las garantías constitucionales (1976: 60-61), aunque era consciente de que no siempre podía ser así. Es casi seguro que con un pensamiento tan contundente no sea posible garantizar siempre los derechos de los detenidos o comportarse todo el tiempo conforme a derecho o a principios democráticos.¹⁴

André Beaufre

Beaufre escribió durante la Guerra Fría y, para él, ese período era de guerra permanente, de modo que, según su pensamiento, la paz no admitía gradaciones; o era total, o no era. Es posible que no siempre sea fácil distinguir entre paz y guerra, pero parece exagerado este concepto. Beaufre prefería la estrategia a la política porque creía que en la dirección de la guerra cabía imponer el máximo

¹⁴ Cosa distinta es que, quizá, pueda hacerse con frecuencia si las leyes no son especialmente garantistas y si los encargados de enfrentarse a la subversión son expertos y escrupulosos en el empleo de las tácticas de las que habla Trinquier.

esfuerzo y rigor. La consecuencia de esto es que la estrategia era *per se* más apta que la política para la dirección de la guerra y la paz. Es más, en pura lógica, la estrategia como disciplina se volvía, básicamente, simple coacción, pues en realidad interesaba que los medios se adaptaran a los objetivos pretendidos (1966: 14). Su obsesión era tener siempre libertad de acción, no estar constreñido por los dictados del enemigo y este razonamiento parece útil a priori para enfrentarse a la ruptura de las reglas llevada a cabo por la guerra revolucionaria. Pero Beaufre, al afirmar esto, no distinguía los niveles político, estratégico y táctico y, como recuerda su compatriota Aron (1993: 320), "... al descuidar el análisis político termina inevitablemente por definir la guerra revolucionaria con algunos rasgos que dependen de la táctica". Es decir, la identificaba con la lucha de todo un pueblo y en ella podían incluirse tanto los medios violentos como los no violentos. Según esa definición toda guerra en que participe el pueblo es revolucionaria y eso no es cierto. Es verdad que la guerra revolucionaria necesita del "armamento del pueblo", por emplear la conocida idea de Clausewitz, pero no toda guerra en que participe el pueblo es revolucionaria. El ejemplo de los patriotas españoles en la Guerra de la Independencia lo deja claro. Los oficiales franceses, cuando elaboraron su teoría de la guerra revolucionaria, emplearon la semejanza de métodos empleados en las guerras modernas de partisanos. Y, sin pretenderlo, esta idea puede ideologizarse y emplearse para justificar cualquier acto y, por tanto, tener efectos demoleedores.

No obstante, al margen de estas interpretaciones, posiblemente erradas, es evidente que ciertos aspectos de la guerra revolucionaria intuitivos y descubiertos por quienes querían combatirla son muy acertados. Entre otras cosas porque así los habían expresado los ideólogos revolucionarios, y aplicado los combatientes. La impracticabilidad del choque napoleónico; la evitación de las grandes batallas; la ofensiva táctica y la defensa estratégica; el carácter militar, político y propagandístico de la lucha; la necesidad del aniquilamiento; o la combinación de medios políticos, militares, psicológicos y métodos propios del terrorismo caracterizaban la guerra a que se enfrentaba al capitalismo mundial. Por todo esto, no debe asombrar la interpretación que hacían de la guerra revolucionaria quienes la combatían. Para sus críticos acérrimos y los obsesionados con verla en cualquier movimiento contestatario del mundo, la guerra revolucionaria era, *grosso modo*, la suma de las actividades teóricas y prácticas desarrolladas en función de la estrategia general marxista dirigida a consolidar sus designios de dominio mundial. Era, además, una guerra sostenida por el comunismo contra los países que aún no dominaba, con métodos distintos de los clásicos, y en la que se ponía en juego el ser de una nación (Yotuel, 1962: 9). Por eso había que enfrentarse a ella como fuera.

La doctrina insistía en que si la lucha revolucionaria tenía fases sucesivas—subversión, insurrección, guerrilla y tropa regular—cabía adaptarse a la lógica revolucionaria para contrarrestarla. Había que distribuir labores entre la policía, el ejército y la justicia y prever las consecuencias de las respuestas dadas a los revolucionarios. Si los revolucionarios sabían cuáles eran sus objetivos desde el comienzo de la insurrección, el gobierno también debía organizar su estrategia

según los fines políticos pretendidos y combinar los medios tácticos según los fines (Thompson, 1966). Si el gobierno contra el que luchaban los revolucionarios recibía ayuda exterior, había que hacerlo cuando aún fuera posible aislar y eliminar al movimiento subversivo. En lo militar sólo cabía localizar al enemigo, aislarlo y erradicarlo. Había que conocer el terreno e infiltrarse en el movimiento; separar las guerrillas de sus fuentes de abastecimiento e información; acabar con sus miembros con fuerzas especiales dotadas de movilidad y flexibilidad operativa. Las tácticas contrarrevolucionarias debían ser como las revolucionarias, con métodos de hostigamiento y ataque constantes, favoreciendo la desertión y la toma de prisioneros para obtener información de ellos. Esto era esencialmente lo que había que hacer para combatir la guerra revolucionaria.

Tanto era así que incluso las medidas “blandas” parecían útiles para debilitar a un enemigo tan peligroso. Robert McNamara, secretario de Defensa de los Estados Unidos, pronunció un discurso el 18 de mayo de 1966 en Montreal en que dijo que la única defensa contra la subversión era el desarrollo económico de las tierras subdesarrolladas y que la actividad militar como freno de la subversión, ya fuera esta espontánea o provocada, debía de ser secundaria y, a ser posible, desechada. McNamara agregó el asunto del desarrollo para paliar los problemas de seguridad de los Estados. En *La esencia de la seguridad* reconocía que era preciso que un país tuviera potencia militar para responder a las revueltas internas o a las agresiones externas, pero afirmaba que el poder de las armas no era sino una faceta menor del vasto problema de la seguridad. “Una fuerza militar puede ayudar a asegurar el orden y la ley pero sólo si estos reposan ya en una base aceptable dentro de la sociedad de que hablamos, y si la población está dispuesta a colaborar con ella. La ley y el orden constituyen el escudo tras el cual se puede desarrollar un país y por consiguiente asegurar en gran parte su seguridad [...] El desarrollo es el progreso económico, social y político” (1968: 125). Insistía en que la seguridad era sinónimo de desarrollo y que sin desarrollo no era posible la seguridad. “Un país subdesarrollado y que no se desarrolla, jamás alcanzará nivel alguno de seguridad por la sencilla razón de que no puede despojar a sus ciudadanos de su naturaleza humana” (1968: 121). No en vano a mediados de los setenta, Schumacher, figura clave en los estudios modernos de desarrollo,¹⁵ decía que si se ayudaba a la población rural de los países en vías de desarrollo para ayudarse a sí misma podría haber un desarrollo genuino, sin cinturones de pobreza alrededor de las ciudades, poblados de chabolas y sin revoluciones sangrientas (1974: 171). Es decir, podría evitarse la revolución, tan temida en Occidente y en Latinoamérica. Estas ideas no eran nuevas del todo porque ya Truman, cuando expuso las bases de lo que más tarde se conocería como la Doctrina Truman, decía en 1947 que más de la mitad de la población mundial vivía en condiciones miserables y que su pobreza era una

¹⁵ Este autor no está ligado directamente con el asunto de la Seguridad Nacional, pero es interesante mencionarlo porque sus teorías también sirven para la tesis de McNamara y de quienes lo apoyan, pues asegura que reducir la miseria puede disminuir el riesgo de subversión.

rémora y una amenaza tanto para ellos como para las naciones prósperas (Truman, en Escobar, 1995: 3).

Conclusiones

Hay una dependencia antigua y funesta entre asesinato y política que está en los cimientos de todo poder. Así lo cree Enzensberger, quien asegura que ninguna revolución puede renunciar a dar muerte al antiguo gobernante. “Todas las revoluciones hasta la fecha se han contaminado de la antigua situación revolucionaria y han heredado los fundamentos de la tiranía contra la cual se enfrentaron” (1987: 11). Estas palabras resumen con claridad la esencia violenta, compleja y perversa de las revoluciones, sean del signo que sean, y de las contrarrevoluciones, tan mortíferas como los alzamientos a que suelen enfrentarse. Si a ellas se añade el concepto “guerra” el problema se agrava sobremanera.

La cosmovisión revolucionaria demonizaba al mundo occidental capitalista. El gran inspirador de la guerra revolucionaria había sido Lenin, admirador de Von Clausewitz. Si este afirmaba que la guerra era un acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad, aquel pensaba que sólo la guerra revolucionaria era una verdadera guerra porque nacía de la hostilidad absoluta hacia un enemigo completo, el enemigo de clase, es decir, el capitalismo occidental y la burguesía. Por tanto, la guerra revolucionaria no estaba acotada por el derecho y no podía estarlo pues, al estar animada por la rivalidad plena, no conocía límites.

La lógica antirrevolucionaria estaba igualmente ideologizada, pues estaba obsesionada con dirigir toda la fuerza de la nación y del Estado contra el comunismo, que se presentaba también en las democracias. A la omnipresencia del comunismo se respondía con la omnipresencia del poder público. La supervivencia de la nación así lo requería y, como aquella era una situación excepcional, precisaba medidas excepcionales al tratarse de un enemigo tan peligroso. No se olvidaba que sólo durante el Gobierno de Stalin —que había durado hasta 1953— habían muerto veinte millones de personas, mucha más gente que en las dictaduras burguesas que, pese a su contundencia, jamás hicieron nada parecido. Y se insistía en que, si en la doctrina marxista hacía falta un déspota que frenara el despotismo, había que oponer una fuerza cuya intensidad y capacidad permitiera frenar la violencia de la revolución. Podría decirse, por tanto, que en las versiones más duras de las tesis contrarrevolucionarias había una especie de traslación a la segunda mitad del siglo XX del pensamiento de Ludendorff, que inspiró el concepto de la guerra total.

Había cierta similitud de procedimientos en la doctrina revolucionaria y en la contrarrevolucionaria, quizá porque en la guerra en que se combatía —la guerra revolucionaria— debían aplicarse técnicas opuestas, aunque de naturaleza semejante para combatir al enemigo. Del mismo modo que ocurría en los países comunistas, se amedrentó a la población con una omnisciente, omnipresente y poderosa policía secreta; se encarceló con juicios secretos y fraudulentos; se denegó

la libertad de prensa —a la que Lenin había llamado “engaño burgués” y a la que los devotos de la doctrina contrarrevolucionaria podían haber llamado “engaño marxista”—; los sindicatos se convirtieron en organizaciones estatales verticales y sometidos a control absoluto; las universidades perdieron la autonomía y, a las gentes, si bien no llegó a adoctrinárselas por completo, se intentaba controlar incluso el pensamiento.

Tras estudiar la guerra revolucionaria y la respuesta contrarrevolucionaria podría decirse que tanto los revolucionarios como los antirrevolucionarios se equivocaban. Y cabría añadir que, al mismo tiempo, todos tenían parte de razón. Es verdad que el comunismo internacional aspiraba a lograr el triunfo de la revolución en necesario cumplimiento de su ideario; pero no todo movimiento que se opusiera al poder constituido en los países que temían la revolución era necesariamente de esta naturaleza —y, por tanto, no era un peligroso enemigo que se debiera combatir. Las peticiones de reforma del sistema agrario llevadas a cabo por un grupo organizado de campesinos —por ejemplo— podían estar alentadas tanto por peligrosos comunistas como por legítimos deseos de justicia social. Y aunque fuera cierto que el enemigo aspiraba a infiltrarse en las sociedades democráticas por cualquier procedimiento, los antirrevolucionarios de los que se habla en este artículo veían enemigos en todos lados sin que existieran. Del mismo modo, los revolucionarios veían salvaje opresión en cualquier idea o medida que no comulgara con sus rígidos principios, por ejemplo, la voluntad de mantener el orden social y legal en un país para preservar el equilibrio y la estabilidad. Si un gobernante o un ciudadano decía que debían mantenerse ambos, sólo cabía “reducirlo” o acabar con él para que no frenara el imparable avance de la revolución. El miedo y el deseo extremo de seguridad y triunfo llevaban a revolucionarios y contrarrevolucionarios a aumentar su capacidad para la violencia.

Bibliografía

- ARON, Raymond (1993) *Pensar la guerra, Clausewitz. La edad planetaria*. Madrid: Ministerio de Defensa.
- _____ (1985) *Paz y guerra entre las naciones*, tomo I. Madrid: Alianza Editorial.
- ARMSTRONG, George (1965) *Lost Soldiers: The French Army and Empire in Crisis, 1947-1962*, Massachussets: MIT Press.
- BEAUFRE, André (1966) *Stratégie de la action*. Paris: Fayard.
- _____ (1961) *La guerre revolutionnaire*. Paris: Fayard.
- _____ (1970a) *Traité de Polémologie*. Paris: Payot.
- _____ (1970b) *Ganar la paz-evitar la guerra*. Barcelona: Plaza y Janés.
- CASTRO, Fidel, “Introducción”, a Guevara, Ernesto (1985) *Diario de Bolivia*. Madrid: Editorial Sarpe.
- CHEN Ya-Tien (1992) *Chinese Military Theory*. Stevenage: Spa Books.
- ESCOBAR, Arturo (1995) *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*, New Jersey: Princeton University Press.
- ENZENSBERGER, Hans Magnus (1987) *Política y delito*. Barcelona: Anagrama.
- FANON, FRANZ (1968) *Sociología de una revolución*. México: Ediciones Era.
- GAUCHER, Roland (1965) *Les terroristes*. Paris: Éditions Albin Michel.

- GRIFFITH, Samuel, "Introducción", en Mao-Tse-Tung (1963) *La guerra de guerrillas*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- GUEVARA, Ernesto (1999) *Pasajes de la guerra revolucionaria: Congo*. Barcelona: Mondadori.
- _____ (1995) *La guerra de guerrillas*, en Guevara, Ernesto, *Obras completas*. Buenos Aires: Lagasa.
- _____ (1985) *Diario de Bolivia*. Madrid: Editorial SARPE.
- HO-CHI-MINH (1968) *De la révolution (1920-1966)*. Paris: Librairie Plon.
- HORNE, Alistair (1977) *A Savage War of Peace*. London: MacMillan.
- KEEGAN, John (1995) *Historia de la guerra*. Barcelona: Planeta.
- KISSINGER, Henry (1996) *Diplomacia*. Barcelona: Ediciones B.
- LENINE, "Le programme militaire de la révolution prolétarienne" en Lenine, *Oeuvres*, Tome XXIII. Moscou: Editions en langues étrangères.
- MARTÍNEZ, Antonio (ed.) (2001) *Diccionario del arte de la guerra*, Barcelona: Planeta.
- MAO-TSE-TUNG (1976) *La guerra prolongada*. Barcelona: R. Torres.
- _____ (1974) *Historia de la revolución china*. Madrid: Castellet Editor.
- _____ (1972) *Seis escritos militares del presidente Mao-Tse-Tung*, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- _____ (1963) *La guerra de guerrillas*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- MCNAMARA, Robert (1968) *The Essence of Security*. New York: Harper and Row.
- MENESES, Enrique (1995) *Castro: comienza la revolución*. Madrid: Espasa-Calpe.
- VON GIAP, Nguyen (1966) *Guerre du peuple armée du peuple*. Paris: Librairie Maspero.
- SCHUMACHER, E. F. (1974) *Small is Beautiful: A study of Economics as if People Mattered*. London: Abacus.
- SPENCE, Jonathan (1990) *The Search for Modern China*. London: Norton.
- THOMPSON, Robert (1966) *Defeating Communist Insurgency, Experience from Malaya and Vietnam*, London: Chatto and Windus.
- TRINQUIER, Roger (1976) *La guerra moderna*. Buenos Aires: Rioplatense.
- VIDAL-Naquet, Pierre (2002) *La raison d'État. Textes publiés par le Comité Maurice Audin*. Paris: Éditions la Découverte.
- YOTUEL, Alan (1962) *Guerra revolucionaria y comunismo*. Buenos Aires: La Mandrágora.